

HISTORIA del ECUADOR

por Roberto Andrade

LIGERA RESEÑA
INTRODUCCION

Entrega No. 1



EDITORES: ~~DEE~~ & REED

EN EL DEPARTAMENTO DE IMPRENTA
GUAYAQUIL - ECUADOR



HISTORIA del • ECUADOR

Ligera reseña de los que
han historiado la época
comprendida en esta obra.

Por ROBERTO ANDRADE

LIGERA RESEÑA

*de los que han historiado la época comprendida
en esta obra*

El Ilmo. González Suárez y D. Pedro Fermín Cevallos han suministrado buenos manantiales para la historia de la época en que el Ecuador no era todavía conocido con el nombre de Ecuador. Casi únicamente hemos seguido al primero, para componer la *Introducción*, ya porque su obra es más extensa, ya porque manifiesta más culto a la verdad: su enorme trabajo se ha detenido al empezar el siglo XIX.¹ El del Sr. Cevallos alcanza hasta 1845: este historiador es honrado; pero no tan solícito para buscar la verdad, ni tan valeroso para sostenerla y defenderla: no puede servir de guía a los historiadores que vengan detrás de él.

Historiadores
Cevallos
y González
Suárez.

(1) "Historia General de la República del Ecuador, escrita por Federico González Suárez, presbítero". Son 7 tomos, publicados en diferentes épocas.

No narró todo cuanto debió narrar, y no todo lo que narra es verdadero. Fuentes hay, y muy buenas, para la historia de la primera mitad del siglo pasado; pero Cevallos, el único que la ha escrito con alguna extensión, no las aprovecha, a pesar de haber bebido en ellas.¹ Fue patriota, honrado, estudioso, observador, hombre de buen criterio; pero en extremo pusilánime. Vea legiones donde sólo había uno, vea virtudes donde sólo había delito, y se apresuraba a ocultar la verdad, asustado.

Cevallos in-
suficiente.

DESDE 1825 hasta 1845, la obra del Dr. Cevallos flaquea en demasía, en todo cuanto se refiere al Gral. Juan José Flores; y no por mala fé, sino por exceso de bondad. Es evidente que, mientras escribía su historia, presentósele un hijo del sobredicho General, hijo recién venido de Europa, donde había residido años de Ministro diplomático de la nación ecuatoriana, y le ofreció sus servicios, como que al dedillo sabía la historia de su padre, que era la de nuestra patria, en

(1) "Resumen de la Historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845, por Pedro Fermín Cevallos". Pongamos un ejemplo, en comprobación de lo que afirmamos en el texto:

los primeros años de República: aceptólos el bondadoso historiador; y desde entonces el diplomático alteró a su placer los manuscritos, en todo cuanto se refería a la historia de Flores.¹ Del crimen de Berruecos no se ha opinado con toda la austeridad que es indispensable: acerca de él no han escrito sino banderías políticas, con intereses sólo momentáneos, no con la intención de que las generaciones venideras se instru-

en la narración de los acontecimientos del 2 de Agosto de 1810, el historiador prefiere seguir al continuador de Ascaray, cronista insignificante, y a otros todavía más vulgares, y desecha el "Viaje Imaginario", obra, según se asegura, de Don Manuel José Caycedo, natural de Cali. Provisor y Vicario General del Obispado de Quito, en el mismo año de 1810, sincera, severa, que rebosa justicia, y que, como parece, no incurre en una sola falsedad. ¿Por qué Cevallos no respeta el dictamen de Caycedo, en lo concerniente a aquella calamidad extraordinaria? El mismo dice: "Téngase en cuenta que Caycedo goza de una merecida reputación por sus virtudes; y así no cabe duda de que hubiese aventurado una sola palabra que no estuviese conforme con la verdad". (T. III, c. II, nota). Delinquir contra la verdad es delinquir contra la patria: dejó de ser patriota aquel apreciable historiador, porque creyó que se debía engañar a las edades posteriores.

(1) El Dr. Amador Sánchez, sobrino del historiador Cevallos, y su amanuense, en la época en que escribía la historia, refería que, en 1863, recién venido D. Antonio Flores de Europa, solía permanecer tres y cuatro horas en el día, en el espacio de algunas semanas, en el aposento de escribir de su tío, quien ponía los manuscritos en manos del susodicho Flores, en la persuasión de que las correcciones serían justas. Llegó a saber esta circunstancia Montalvo, y por eso ridiculizó al historiador, en los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

yan y sentencien.¹ Excepciones están apareciendo en la ilustrada Colombia.

Pedro Moncayo.

D. PEDRO MONCAYO dejó también un libro de historia, la comprendida entre 1825 y 1875. Este historiador narró lo que pudo y como pudo, pues lo hizo a la edad de 85 años, ciego, enfermo, en el destierro y sin parientes. Su libro es resumen, escrito sobre las cenizas de otro más extenso, destruído por un incendio infausto.² Moncayo es de criterio más profundo, de propensiones más rectas y elevadas que Cevallos. Su obra no ha alcanzado la popularidad que merece, a causa de inexactitudes baladífes, indudablemente involuntarias, señaladas como imposturas por el bando jesuítico, que todavía en el Ecuador es numeroso. Quien conozca los antecedentes de este austero escritor, la manera como aborrecía a los usurpadores y tiranos, en especial a ciertos homicidas, que dejaron

(1) El Gral. Eloy Alfaro empezó en Lima, en 1888, la vindicación del Gral. Obando, y la han continuado en Colombia escritores ilustrados, amantes de la verdad y la justicia. Mucho antes de las publicaciones de estos últimos, concluimos el estudio que va en esta obra; pero la lectura de ellas nos ha compelido a anotaciones.

(2) "El Ecuador: sus hombres, sus instituciones y sus leyes, por Pedro Moncayo", Valparaíso, 1887. El autor estaba ya muy viejo; pero el Gral. Eloy Alfaro, por cartas repetidas e insinuantes, consiguió dejara escrito el tomo en cuestión.

hijos igualmente criminales; quien conozca, al mismo tiempo, el grado de depravación de los aborrecidos por Moncayo, tendrá que abrigar sospechas acerca de la naturaleza del incendio, destructor de la historia de que hablamos.¹

D. VICENTE ROCAFUERTE nos dejó también varios opúsculos acerca de un período de historia patria; pero todos de polémica, y que fueron destruidos por el gusano roedor de nuestra historia.² Últimamente han sido reimpresos, merced a la prolijidad con que fueron buscados. Se refieren a una época muy interesante, la del desgobierno de Juan José Flores, y la del prodigioso esfuerzo hecho por Rocafuerte, para componer lo descompuesto. De los que han escrito respecto de historia moderna, Rocafuerte y Moncayo son los más honrados y veraces. D. Pablo Herrera, D. Pedro J. Cevallos Salvador, Don Juan León Mera y algún otro, escribieron también opúsculos acerca de la historia de la época en cuestión.

Vicente Rocafuerte y otros.

(1) Tales sospechas no son nuestras; son de una persona proveya e intachable, amiga cercana de Moncayo: el Gral. Eloy Alfaro, quien nos narró pormenores, que dieron origen a las mencionadas sospechas.

(2) En la época en que circularon tales cuadernos, cuyo título es "A la Nación", que fueron impresos en Lima, desde 1843 a 1845, Flores, padre, era dueño y señor del Ecuador, e impidió que a nuestra patria entraran.

VI *Historia del Ecuador*

Documentos his-
tóricos nuevos

DOCUMENTOS nuevos hemos tenido a la vista, para relatar el período de que hablamos: van citados en el lugar correspondiente, todos cuantos han llegado a nuestras manos. Uno de ellos es el proceso seguido en 1809 y 1810, contra los patriotas asesinados el 2 de Agosto. El proceso fue enviado a Bogotá: el conductor llegó precisamente el día 20 de Julio de 1810, fecha del levantamiento por la emancipación de Nueva Granada: ocultóse y ocultó los pliegos, que por fin, se dieron por perdidos. El historiador Cevallos no los vio. El Gral. Julio Andrade, hermano nuestro, Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Bogotá, entró a la Biblioteca Nacional bogotana, y por casualidad dio con el dicho proceso, esparcido entre multitud de legajos antiguos. Mandó copiarlo, y nos remitió la copia.

Historiador:
apasionado.

Todo esto no quiere decir que nuestra narración sea buena; pero como posterior a las dos únicas que existen, escrita con el estudio de ellas, con el de documentos desconocidos por el mundo literario, sí será, por ventura, útil, al menos hasta que aparezca una historia, que, como la de Tácito en Roma, sea consultada por los sabios. No se nos llame apasionados:

sabido es que se desvanece la pasión, cuando lentamente observa uno un suceso, y que forzoso es creer en la narrativa, si el autor ha dado pruebas de tener pasión por la verdad. Que en el historiador haya pasión, no es vituperable: lo es cuando la pasión arrastra a la injusticia.

UNA de las causas por que poco aprovechan las enseñanzas históricas, es la admiración con que, por gratitud, hablan los historiadores acerca de los hombres ilustres, guardando culpable silencio, en lo relativo a sus defectos. Se ha tenido, entre nosotros, por sacrilegio algún dictamen poco favorable, por fundado que esté en hechos fehacientes, respecto de los héroes del 10 de Agosto, por ejemplo; y por verdadera virtud el elogio exagerado. Nuestra obra es de historia, y salimos en ella de esta regla, propia de las apologías solamente.

Apologías y
censuras.

Nosotros, humildes escritores, tenemos el deber de hablar de Bolívar: también respiró nuestro ambiente este hombre, honra de los hombres, y nos hizo el beneficio que a otros pueblos. En la república Argentina, en Chile, en parte del Perú, Bolívar no es todavía conocido, no es comprendido; y la culpa la tie-

Bolívar y San
Martín.

nen escritores de aquellas naciones, deseosos de dar la preeminencia al Gral. San Martín. Uno de los principales de éstos, es el Gral. Mitre, quien llegó a la presidencia de Buenos Aires.¹ Ojalá nuestros Capítulos, relativos a tales asuntos, sean leídos en aquellos Estados, con la madurez, el criterio, la cordura del verdadero sabio.

O'Leary, Blanco y Azpurúa.

FUERA de las fuentes patrias, de los archivos, por ejemplo, difíciles de conseguirse y consultarse, en las que hemos procurado saciar nuestra sed de historiadores de la emancipación, se hallan en las monumentales colecciones del Gral. inglés Florencio O'Leary y de los venezolanos señores Blanco y Azpurúa. O'Leary es hombre ilustre para América, no por su proceder en la campaña únicamente, sino porque perpetuó la historia de ella en sus "Memorias", con la unción, la consagración, el esmero de un verdadero sacerdote. Bebe uno la verdad en aquellas admirables páginas; admirables, porque se refieren a escenas que lo fueron,

(1) "Hst. de San Martín y de la emancipación Sud-Americana, por Bartolomé Mitre",—Buenos Aires, 1889.—La segunda edición es la consultada por nosotros. También hemos visto un opúsculo del Sr. Ernesto Quesada, que no es sino una diatriba en contra de Bolívar.

y porque quizás no falte ni un sólo documento de importancia, para la comprensión de aquella épica campaña. El estudio de nuestra emancipación hubiera sido imposible, sin el auxilio de aquella fuente mineral inestimable. Enorme tuvo que ser el trabajo en territorio tan extenso, y entre habitantes tan supersticiosos, descuidados, omisos e ignorantes. Los venezolanos Blanco y Azpurúa aprendieron la enseñanza de O'Leary. Hay otros que también merecen elogio, como los peruanos Coroneles Odriozola y Mendiburo. También el Gral. Cornelio E. Vernaza, ecuatoriano, prestó algún servicio con su "Recopilación de documentos oficiales". Mucho es contribuir con una piedra, cuando se trata de levantar un monumento a grandes hechos.

AL principio nos propusimos escribir la vida de dos hombres, Montalvo y García Moreno, los más dignos de atención en la segunda mitad del siglo que historiamos, excepto en el último tercio, en el que lo fue Eloy Alfaro. Tarde nos vino la idea, precisamente cuando recibimos los documentos que de Bogotá nos enviaron, de componer la historia que ahora publicamos.

Ha llegado a nuestras manos otro libro importantísimo: "Antonio de Villavicencio, (el protomártir)

El Gral. J. D.

Monsalve.

y la revolución de la Independencia, por J. D. Monsalve.—Bogotá—Colombia—Sud América". Es estudio de la vida de un esclarecido compatriota nuestro, Comisionado regio en 1810, enviado de Cádiz al Virreinato de Nueva Granada; y el estudio es minucioso y efectuado con verdadera maestría. Servirá de consulta a la posteridad. Razón tiene de decir el autor, que nada significa la división de nacionalidades actuales, cuando se trata de la emancipación, época en la cual todas fueron una, por que lucharon por una sola independencia. Villavicencio fue quiteño, así como fue bogotano, y de la humanidad justiciera; pues por la justicia dio su vida. Aplausos al historiador Monsalve porque ha desempeñado bien su cometido.

COLOMBIA está dando una gran prueba de consideración por el hombre, con la publicación, empezada en este siglo, de muchos volúmenes de historia, debidos a escritores colombianos, los considerados como eruditos y veraces. No hay lección tan eficaz como el ejemplo: aprovechemos los ecuatorianos ésta que debemos a tan excelente hermana.

Inconvenientes
para el historiador.

Esta obra es continuación de la "Historia General" del Sr. Arzobispo González Suárez. No poseerá

iguales condiciones literarias, pero sí se asemeja en el culto a la verdad, en que se da a cada uno lo que es suyo, en que nada es afirmado, si no se funda en documentos fehacientes.—“Ud. sabe, me dijo S. S. Ilma, cuan quisquillosos son nuestros conciudadanos: creen tener derecho para que el historiador respete a sus antepasados, hayan sido o no perversos, y caen en contra de él, como si se tratara de un precito. Es necesario valor, para emprender esta faena en nuestra patria. Mucho me han atormentado a mí en mi vida.” Arrostro este peligro, sin inquietud ni vacilación. En mi patria hay también hombres severos, justos e ilustrados. Lo conveniente es dar a conocer al pueblo lo que ignora, después de haber trabajado mucho caminando en pos de la verdad.

Presumimos que en ningún pueblo son tenidos los archivos, las bibliotecas, en el desorden, el desaseo, el descuido en que lo han sido por nuestros omisos compatriotas. Bibliotecas y archivos nos han servido muy poco, porque casi todos están incompletos. Ciertos bibliotecarios y archiveros, han cargado con lo que les ha sido conveniente. Pocos son los que tienen interés en la conservación de libros para el público:



robarlos es elegancia, porque así se da a entender que el ladrón es literato. La connivencia de los gobiernos ha sido deplorable: a los tiranuelos no les ha convenido que se conserven comprobantes de sus crímenes.

NOTA: téngase presente que estas páginas se escribieron años atrás. En la época presente, bibliotecas y archivos están mejor servidos.

HISTORIA del • ECUADOR

INTRODUCCION:

I—González Suárez.—La colonia.—
Vicios y crímenes de las comunidades
religiosas.— Querellas entre frailes
españoles y americanos, y entre secu-
lares y eclesiásticos.

Por ROBERTO ANDRADE

INTRODUCCION

I

González Suárez.—La colonia.—Vicios y crímenes de las comunidades religiosas.—Querellas entre frailes españoles y americanos, y entre seculares y eclesiásticos.

PARA narrar la historia de la Nación ecuatoriana, en el siglo XIX, indispensable es empezar por una ojeada a la de los siglos anteriores: si el río no está compuesto de agua pura, es porque el manantial ha sido fango, y fango también los afluentes. Tiene demostrado la ciencia, que la transmisión hereditaria influye más en la condición de los pueblos, que los incessantes baños que éstos reciben del progreso. Taine funda en esta gran verdad sus conceptos filosóficos, relativos al arte europeo. El Arzobispo ilustre de Quito, dice en su "Historia General del Ecuador:" "¿Queréis conocer bien a nuestra sociedad actual? Pues sus virtudes y sus defectos, lo bueno y lo malo

Ojeada a los siglos anteriores.

II La verdad histórica y González Suárez

de ella, raíces hondas, muy hondas, tienen en lo pasado”.

González Suárez.

Lo ACADEMICO en nuestra patria en los tres siglos de colonia, lo sabe ya el Ecuador, porque se lo acaba de narrar un apóstol, no ya de las doctrinas religiosas, sino de la verdad sacada de subterráneos, con laboriosidad y abnegación dignas de alabanza. Amar la verdad, es virtud del cielo; propagarla, es la más alta virtud de los hombres. ¡Escribir historia de épocas pasadas, de una de las regiones de América más expuesta al olvido, a causa de la humillación a que fue sometida por los que conquistaron este Continente, no es obra que la pueda realizar cualquiera con buen éxito. Quienes fueron principalmente instrumentos de tan inhumano despotismo, del que manaba la corrupción a riadas; quienes contribuyeron a mantener la ignorancia, fueron los sacerdotes de la religión católica y romana. El historiador es una excepción de estos sacerdotes; y primero se ha resuelto a exponerse a la inquina de su gremio, antes que ofender a la humanidad con imposturas. “La relajación a que habían llegado, los religiosos en tiempo de la colonia, fue tan grande, que no ha tenido semejante en los fastos de la Iglesia Ca-

tólica", dice, con toda la energía de Voltaire.¹ Y lo comprueba en siete grandes tomos, escritos con la paciencia de hombre de trabajo, con el criterio de varón honrado, con la confianza de quien sabe que sirve a los hombres.² Deplorable es que a veces emplee reticencias: "Los que lean esta historia comprenderán fácilmente con cuanto desagrado vamos narrando estos acontecimientos, cuya prolija narración sería un nuevo ultraje a la moral; pues, para conocer el estado de la sociedad quiteña en aquella época, basta lo que en resumen hemos referido". No basta, le contestaríamos: no hay ultraje a la moral, cuando la intención es corregir. Decir la verdad es difundir toda la luz posible; y sabido es que la luz no daña sino a los enfermos de los ojos. Respetamos, eso sí, las circunstancias del ilustre historiador: "Si acaso no temiése-

(1). Obra citada: tomo V, pág. 495.— El autor es actualmente, (1907) Arzobispo de Quito. Como nuestra *Introducción* es extracto de aquella gran obra, no deberíamos citarla muy a menudo, ya que se halla en manos de todo ecuatoriano; pero es de tal autoridad, que no podemos resistirnos al deseo de dar, con dicha obra, autoridad a la humilde nuestra. La del Arzobispo está llena de conceptos luminosos, graves, y que contribuirán inmensamente a la modificación de nuestros hábitos malos en buenos.

(2) Hasta ahora, la obra se compone de siete tomos: el primero trata de los aborígenes y la conquista; los seis restantes, de los tiempos coloniales.

IV La verdad debe ser sin reticencias

mos manchar nuestra pluma, dice en otra parte, referiríamos algunos hechos escandalosos de aquel tan desgraciado tiempo. ¿Pero para qué referirlos? De lo que ya antes hemos narrado, se puede inferir lo que dejamos sepultado en el silencio". ¡Y lo que sepultó en el silencio, fueron hechos inauditos en los fastos de la iglesia católica! "La mayor calamidad que padeció nuestra sociedad en tiempo de la colonia, fue indudablemente la relajación escandalosa de los frailes", es concepto del mismo escritor.¹ He aquí cómo piensa un presbítero, que merece agradecimiento de su patria, porque se ha elevado sobre el común de los hombres; porque está contribuyendo a que de su patria huya el infortunio. Sacerdote hubo de ser el mejor de nuestros historiadores, porque como el sacerdocio era la clase más privilegiada de la colonia, y lo ha sido de la república; es en virtud de aquellos privilegios que el sacerdote ha tenido más tiempo, más caudal de ciencia y mejores medios para efectuar obra tan conspicua.

La edad media
y los claustros.

DESDE algunos siglos antes de la conquista, los claustros se habían convertido en el refugio de los co-

(1) Ib. T. V, pág. 496.

razones delicadas y las inteligencias poderosas; porque a causa de la misma institución sacerdotal, Europa se había hundido en el más repugnante sumidero. "Las tierras parecían yermas y los víveres faltaban," dice Taine. En el siglo XI, de 70 años, se cuentan 40 de hambre. Un monge, Raúl Glaber, cuenta que no era raro comer carne humana. Un carnicero fue quemado vivo, por haberla expuesto en un mostrador...
.....Las pestes, la lepra, las epidemias se habían aclimatado, como en su propio terreno. Se había llegado a las costumbres de los antropófagos de la Nueva Zelandia; al embrutecimiento innoble de los caledonios y los papúes; al más bajo fondo de la cloaca humana, puesto que el recuerdo de lo pasado, empeoraba la miseria presente. Y las pocas cabezas pensadoras que leían aún la antigua lengua, sentían obscuramente la inmensidad de la caída, y toda la profundidad del abismo en que el género humano se hundía, desde hacía mil años.—Adivináis los sentimientos que un estado de cosas semejante, tan prolongado y tan violento, había implantado en esas almas. Primero era el abatimiento, el asco de la vida, la negra melancolía. "El mundo, decía un escritor de aquel tiempo, ya no es más que un abismo de maldad y de impudicia". La vi-

da parecía un infierno anticipado. Gran cantidad de gente se retiraba de ella; y no sólo los pobres, los débiles, las mujeres; sino señores, soberanos y hasta reyes. Para las almas un poco nobles y un poco finas, valía más la monotonía y la paz del claustro".¹

Dominio del clero en América.

CUANDO el catolicismo llegó a América, todavía gozaban los sacerdotes de un prestigio ilimitado: eran como la corte del Altísimo. Los americanos se prosternaron ante ellos y los contemplaron como arcángeles. Si éstos vivían como afirma nuestro historiador, y si ellos eran los profesores de nuestras sociedades incipientes, ¿cómo se formarían éstas; cual sería su comportamiento, en orden a la moral, a la virtud? Para llenar esos volúmenes, el Arzobispo ha tenido que referir sucesos eclesiásticos. Como sacerdote, debió poner la mira en hechos sacerdotales tan sólo; pero, ¿por ventura, hay otros en nuestra desgraciadísima historia? Todos los pueblos han comenzado por ser salvajes, pero libres; nosotros comenzamos por ser envilecidos y esclavos.

(1). "Filosofía del arte".—T. I.—Cap. II.

PODEMOS asegurar que la historia de aquellos tres siglos no consiste sino en escándalos, tropelías, tonterías, fatuidades, arbitrariedades, disoluciones, lascivias, desvergüenzas, perversidades de obispos, vicarios, visitadores, deanes, arcedianos, canónigos, maestrescuelas, comendadores, priores, provinciales, frailes, chantres, curas, coadjutores, presbíteros, párrocos, diáconos, subdiáconos, monaguillos, sacristanes..... Si se hubiera prescindido de estos hechos, ¿qué habría sido la historia ecuatoriana, sino un sueño interminable, rara vez interrumpido por una que otra pesadilla, como los fenómenos sísmicos, las invasiones de piratas, la conducta semibárbara de autoridades políticas, civiles y eclesiásticas; las vanidades ridículas de los antecesores de nuestra actual nobleza de sangre? Muy pocos obispos fueron buenos: Saravia, Montenegro, Andrade Figueroa, Ladrón de Guevara, Oviedo, Solís, Nieto Polo, Fernández Madrid y algún otro. Sólo los dos últimos de los nombrados fueron americanos. Muchos de los demás no hacían sino exigir reverencias, y vivir en completa ociosidad. La disolución de los sacerdotes es quizá lo que más repugna, ya que todos conocemos que juran la inviolabilidad de sus votos. Razón tiene de mostrarse asombrado el ilustrísimo histo-

La historia en América española fue la del clero.

riador de aquellos hechos. "Hacía más de 20 años, dice, que se había fundado el monasterio de Santa Catalina de Sena, cuyas religiosas estaban sujetas a los frailes de Santo Domingo: el número de monjas se había aumentado considerablemente; pero, por desgracia la observancia de la vida regular había padecido espantoso quebranto....Sus directores espirituales, sus guías en el camino de la salvación eterna, las habían arrastrado, de ignominia en ignominia, hasta el abismo de la perdición; y lo que es más triste, no sólo les habían arrebatado la flor de la virginidad, sino que aún les habían adormecido los remordimientos de la conciencia, imbuyéndoles máximas erradas contra la moral cristiana. Uno de estos frailes era el Provincial de los dominicos, y el otro el Prior del convento de Quito".¹

Impunidad del
clero criminal.

No había justicia: fueron delatados los criminales por las monjas honradas; pero a pesar de la solicitud y energía del Obispo, dichos criminales no solamente quedaron impunes, sino en situación de continuar en sus delitos. Más tarde, como consecuencia de este

(1). "Hist. Gen. del Ecuador".—T. IV, pag. 48—49.

crimen, ocurrieron escenas propias de taberna: fbase a elegir Priora en el convento, y el Provincial dominicano designó a la que debían elegir. La mayoría de las electoras estuvo en contra; pero el Provincial, para dominarlas, azotó a una. Se engañó: las monjas honradas acudieron al Obispo: éste asumió autoridad en ellas y nombró Priora: mas el Provincial acudió a la Audiencia, la que resolvió en favor de este último. Cuando se quiso dar a conocer a las monjas el auto de la Audiencia, concurren los frailes, y entre los frailes y monjas sucedieron escenas indignas de un convento.¹

El Padre Gamero, Prior, que era uno de los seductores de las monjas, fue elegido Provincial, a pesar de la excomunión del Obispo, de la prohibición de la Audiencia y de la oposición de la gente sana de Quito.

“El Provincial cesante decía en una comunicación a la Audiencia, que la elección del Padre Gamero había sido hecha con asistencia del Espíritu Santo, dice el señor González Suárez. Estos hombres, añade, ¿se burlaban del público? ¿Habían perdido la fe? ¿Cómo juzgar de su sinceridad?”²

(1.) T. IV, pag. 286 y sig.

(2) T. IV, pag. 53.—Hay otros muchos pasajes en que el historiador habla del libertinaje de los frailes. Bastaría leer la tan famosa obra, «Noticias Secretas», escritas en el siglo XVIII, por los sabios españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa, enviados a Quito por el Rey de España.

El hogar.

EL hombre será dominado por pasiones, hasta que la evolución lo depure. Día llegará en que, a pesar de sus tendencias, o tal vez en razón de ellas, el hombre no vivirá en comunidad sino en familia, y se transformará en paraíso el hogar, como ahora acontece con los matrimonios dichosos por virtuosos. Dió la desgracia de que la organización del gobierno colonial se verificó en el reinado de Felipe II, el más hipócrita y cruel de los fanáticos católicos: por divertirse en castigar supersticiones, y castigarlas de modo monstruoso, separó la mirada de la moral verdaderamente evangélica.

La envidia, pasión
eclesíastica.

Así como los sacerdotes quebrantaban el voto de castidad, quebrantaban también el de obediencia. ¿Podía ser bien gobernado un pueblo en el cual el clero, siendo tan prestigioso, era el primero que faltaba a sus deberes? La envidia era la pasión reinante en los conventos. Apelamos a nuestro historiador Arzobispo:

“DESDE muy antiguo ha existido una inextinguible rivalidad entre los naturales de los diversos reinos o provincias en que está dividida España: esa rivalidad se conservó aquí en América, entre los españoles procedentes de Castilla, de Andalucía, de Vizcaya y de

Extremadura; y aún en el seno mismo de las comunidades religiosas, los nativos de una provincia rompían la armonía y no guardaban caridad fraterna con los de las otras provincias. Estas odiosas rivalidades llegaron en uno de nuestros conventos al punto de violar el sigilo sacramental de la confesión, para deshonrarse recíprocamente".¹

A poco refiere un tumulto en el convento de los dominicanos, a causa de la elección de Provincial.²

Los frailes fueron inventores del pasquín en Quito, de aquel aguijón tan mortal como el del áspid, y que todavía es general en las familias.³

El pasquín.

OTRO tumulto indecente, en el cual hubo hasta mordiscos entre frailes, ocurrió en el mismo convento, a causa igualmente de la elección de Provincial.⁴

[1]. T. IV, pág. 129.

[2]. Este tumulto es el en que intervino el inquisidor Mañosa, y lo relatamos, en resumen, más adelante.

[3] «Mañosa se vio acosado, herido a mansalva por el leve dardo del pasquín, del anónimo que hacía burla de su fracaso, aplicándole con punsante ironía, textos de la Santa Escritura, en lo cual era fácil descubrir manos ejercitadas en hojear el Breviario". T. IV, pág. 157. Esto sucedía en el primer tercio del siglo décimo séptimo. Véase también T. VII, pág. 10. NOTA—Los pasquíneros eran alumnos de frailes.

[4]. T. IV, pág. 268.

LAS aventuras del tonsurado Laje, son como las del Gran Tacaño, de Rinconete y Cortadillo u otros semejantes. ¡Un bribón de este linaje tuvo a sus pies a nuestros antepasados!¹

Convento de agustinos, execrable.

El convento de agustinos era otra comunidad de grande influencia en la infortunada Presidencia de Quito. "Aunque todas las comunidades religiosas habrán perdido completamente el espíritu de su instituto, con todo, ninguna había llegado a tanta relajación como la de los agustinos, (década de 1680 a 1690)", dice nuestro historiador. Un P. Montaña, americano, pero indigno, fue nombrado en Roma, Visitador: vino a Quito: el Provincial agustino, enemigo antiguo de Montaña, huyó a Loja: el Visitador se hizo nombrar Provincial, contra la voluntad de gran parte de los frailes, quienes fueron castigados por Montaña, con cárceles, grillos, disciplinas y humillaciones. Copiemos al historiador: "Desesperados los frailes, se sublevaron: armados de pistolas y espadas, acometieron una noche al Visitador en su departamento: las piezas de la entrada se convirtieron en campo de batalla: los frailes, enfurecidos, combatieron con los soldados, que la Au-

[1]. T. IV, pág. 296 y sig.

diencia le había dado días antes al Visitador, para su defensa; y después de una lucha reñida, fugó el fraile, y se asiló aquella noche en la casa del Capitán de la escolta. Los rebeldes quedaron dueños del convento, y proclamaron por su Provincial al fraile Juan Martínez Luzuriaga, que era el caudillo de la rebelión".

MONTAÑO pidió auxilio al brazo secular, y los frailes se presentaron a la Audiencia. Siguiéronse otras escenas de cuartel y taberna.

"SABEDORES los agustinos de que el doctor Matías Lagunes, Oidor, era el que en real acuerdo, sostenía calurosamente la autoridad del Provincial Montaña, resolvieron intimidarlo. Cuatro frailes jóvenes, de los más audaces, fueron a casa del Oidor una noche: uno se quedó en la esquina, otro permaneció en la puerta, y dos entraron a visitar al Oidor. Entretuviéronse en pláticas y discusiones hasta las ocho; a esta hora uno de los frailes, levantándose como para despedirse, se acercó al Oidor, le tomó de los cabellos con una mano y con la palma extendida de la otra, le dio unas cuantas bofetadas en entrambos carrillos. El Oidor era muy pequeño de cuerpo; y al verse tan de sorpresa alzado en vilo por el fraile, no acertó ni a defenderse. Con-

sumado tan a sangre fría semejante ultraje contra un Ministro de la Real Audiencia, los frailes salieron precipitadamente de la casa. Ciego de cólera el Oidor, empuñó una espada y se lanzó a la calle tras los frailes.....”

A consecuencia de tales escenas, fuerza armada sitió el convento, e hizo disparos contra los frailes, quienes, con piedras, se defendieron desde la torre. El resultado fue, que en comunidad, los frailes huyeron a un desierto, a una hacienda de ellos en el páramo de Cajas, donde proclamaron Provincial al mismo padre Martínez y residieron año ocho meses.¹ ¡Cómo dividieron estos padres brutales a todas las familias que moraban en Quito; pues era tal la vida entonces, que el vecindario no se conmovía sino por terremotos, epidemias o querellas furibundas entre monjes!

Convento de franciscanos es también censurable.

A MEDIADOS del siglo décimo octavo, acontecieron en el convento de los franciscanos *hechos que parecen increíbles*, según la expresión de González Suárez. Vino un Visitador, quien trató a los franciscanos con desprecio: los frailes protestaron contra él, y éste excomulgó a los que firmaban la protesta, y se refugió en

[1]. Ib. T. IV, pág. 359 y sig.

casa de los Jesuítas. Los excomulgados se burlan del Visitador, le pregonan en las calles, lo condenan a destierro.....El fraile que desde Lima había enviado a Quito al Visitador, sabe que es objeto de burla su enviado, y viénesse prontamente a esta ciudad; residencia a un antiguo Provincial y al reciente; al primero lo aprisiona y luego lo sentencia a destierro; al segundo lo condena a cepo y calabozo. El desterrado, anciano ya, es arrancado a la escolta en el camino por los indios, quienes lo entregan a la Audiencia, la que lo deposita en el convento de los dominicanos, donde muere. El Visitador exige que se le entregue el cadáver para echarlo en un muladar; resistense los dominicos; el otro apela al Vicario, y éste resuelve que sea entregado el cadáver: opónese la Audiencia y el pueblo, el cual da sepultura eclesiástica al infeliz franciscano: los que hicieron esta buena acción, fueron excomulgados por la comunidad eclesiástica. El preso en el cepo, en el calabozo de su convento, fallecía también. A los tres meses fue puesto en libertad por el pueblo, después de un combate con armas de fuego, empleadas por el Visitador y su superior Ibáñez Cueva, el fraile venido del Perú. El preso fue depositado por la Audiencia en el convento de Santo Domingo. Volvamos a copiar al historiador:

“AL día siguiente, la abatida ciudad de Quito fue teatro de la escena más sacrílega y grotesca de que haya memoria en nuestra historia, tan fecunda por desgracia, en escándalos causados por religiosos y prelados de conventos. El audaz Comisario (Ibáñez Cueva) expulsó del convento a los frailes que no le eran adictos, y determinó con todos los de su partido, abandonar la casa y trasladarse a San Diego. En efecto, por la tarde salió con todos sus parciales en procesión: iba el hipócrita con una soga al cuello, con sogas al cuello estaban también todos los demás; precedía una estatua de San Francisco de Asís, llevada en hombros de unos cuatro plebeyos, a quienes habían seducido y engañado, haciéndoles creer que defendían la religión: el Comisario llevaba el Santísimo Sacramento, y caminaban con grande alboroto, cantando el salmo *In exitu Israel de Ægipto*. Echaron llave a la iglesia y también al convento, después que los parientes de los coristas sacaron fuera las camas, las prendas de vestir y el mobiliario de éstos. Cerradas las puertas del convento, envió el Comisario una comisión a casa del Presidente, para que le entregaran las llaves con insolente recado, que el tímido Sánchez de Orellana recibió callado y no se atrevió a castigar. ¡Que escenas las de

aqueel día! Bajaba la sacrilega procesión a la plaza de Santo Domingo, en medio de la oleada de furiosos que se aumentaban por instante: tras del Palio, debajo del cual iba el Comisario, con el adorable Sacramento, seguía un tropel de mujeres cargadas de colchones, trastos y ropa sucia, llorando a gritos, dando alaridos, con fingidas alharacas de dolor y de espanto. ¡Se acaba la religión!, exclamaban: ¡Esto es el fin del mundo!—En la plaza de Santo Domingo, el Comisario maldijo al Padre Morrón (el preso), a la Audiencia, al Presidente, a la ciudad entera: después se quitó los zapatos, y sacudiéndolos en el aire, delante de la divina Eucaristía, tan horrodamente profanada, lanzó nuevas maldiciones sobre Quito; y saciada su insensata venganza, tomó la procesión la dirección de San Diego". Allí se parapetó con los suyos, y levantó al barrio de San Roque por medio de un mulato dominante. Este fue aprehendido por orden del Presidente; pero el fraile Ibáñez Cueva, exhortó al pueblo y lo lanzó a libertar al mulato. Hubo combate, y el pueblo hasta quiso asesinar al Presidente, quien fue defendido por la guardia. De una y otra parte murieron. El fraile Morrón huyó del convento de Santo Domingo, y partió a Europa. Tal era la venganza de Ibáñez Cueva, que sigue a su ene-

migo a Guayaquil: se ha embarcado, y su perseguidor va hasta Panamá. Ha continuado a Portovelo, y su enemigo vuela allá. Se ha embarcado para Europa, y allá se dirige Ibáñez Cueva. Llega a Madrid, y no da con su adversario, quien, capturado su buque por ciertos ingleses, había sido arrebatado a Londres. Ibáñez Cueva había expedido órdenes a todos los puertos. Morrón pasó de Londres a Bilbao, y allí fue aprehendido. Fugó y partió a Roma, por obtener amparo en esta Capital; pero falleció en Niza. El convento, la clausura, la soledad recrudece el odio y la venganza, hasta un grado que rara vez se ve fuera del claustro. "Por reverencia al estado religioso, nos abstenemos, dice el Arzobispo, de reproducir, en esta historia, la queja que los principales vecinos de Quito elevaron al Rey, contra el tristemente famoso Comisario Ibáñez Cueva: esa queja fue demasiado justa; pero las expresiones con que fue calificado el Comisario, aunque bien merecidas, deshonoran y denigran al sayal franciscano".¹ Las expresiones pudieron ser ásperas y deshonestar a los

(1). T. V, pág. 184.

frailes; pero al mismo tiempo la queja era honrosa para Quito.

“La comunidad de la Merced, continúa el Arzobispo, que en el siglo XVII se condujo con mesura y circunspección, en el XVIII decayó miserablemente, y causó alborotos, como las demás, en las elecciones de sus provinciales. ¡Quien podía sospecharlo siquier! La relajación de los mercedarios fue promovida y estimulada por un Visitador que vino de España, con el cargo de restablecer la observancia. Llamábase Fray Francisco Moroitio. Suprimió el canto del oficio divino en el coro; dispensó la oración mental, y concedió a cuantos le pidieron, el privilegio de morar fuera del claustro: estos privilegios los otorgaba a precio de dinero.....Desde entonces la comunidad de la Merced descacó en la observancia, sin que le fuera fácil convaler de la relajación introducida por el Visitador”.¹

La codicia influy
en la inmoralidad
del convento de la
Merced.

Entre frailes españoles y americanos estallaban a menudo querellas espantosas, a causa del menosprecio con que a los segundos miraban los primeros.

Querellas entre
frailes españoles
y americanos.

[1]. T. V, pág. 501 y sig.

Dedúcese que eran gente vulgar los frailes españoles, de la dedicada al servicio, no a la enseñanza.¹ ¡Estos fueron los maestros de nuestras primeras sociedades! “Los españoles oprimían a los americanos: los americanos aborrecían a los españoles. En el convento de Quito encontraban, no sólo hospitalidad y protección, sino hasta honores y prelacías, los frailes españoles prófugos de otras partes, expulsos de la orden y condenados a galeras por sus crímenes.....Los religiosos españoles y americanos se miraban mal: en Santo Domingo eran émulos y rivales los unos de los otros. Quejábanse los españoles de los americanos, acusándoles de flojos para la observancia, y de inconsistentes en la práctica de la vida regular. Los americanos les echaban en cara a los españoles los sacrile-

(1). «El editor de las «Noticias Secretas» nos dice quienes eran, por lo común, los frailes que venían de España: eran estos los discolos, perseguidos por sus superiores; los refractarios, que se negaban a la clausura, los que desterrados de convento en convento, eran escándalo de la provincia y los que ansiaban por vivir muy holgadamente..... El mismo Padre Parras nos dirá ahora que clase de gente eran los españoles que se hacían frailes en América: lé aquí las palabras textuales de este escritor: “Son allí algunos muchachos mozos europeos, que visten de hábito de todas las religiones respectivamente, en las Provincias de Indias. Unos de éstos pasaron a ellas con plazas de marineros; otros en calidad de pajes; escribientes, ayudas de cámara o agregados y recomendados para imponerles en el vasto comercio que por allí se hace. Determinanse después a varios destinos, etc.—T. V, nota 7, pág. 498 y sig.

gios cometidos en el convento de Santa Catalina, y les recordaban que la recoleta había sido fundada por un fraile criollo. Mientras los frailes españoles gozaban de comodidades, los americanos necesitaban que las familias les acudieran con dinero para el vestido, y aún para la comida diaria"..... "Era lamentable el aspecto que presentaba la comunidad de Santo Domingo en aquellos días: la división entre americanos y españoles se había convertido en guerra manifiesta de éstos contra aquellos; y durante varios días seguidos, se sacaban frailes criollos para llevarlos presos públicamente a los otros conventos".¹

EN estos rencores estuvo uno de los gérmenes de la emancipación, proclamada en el siglo XIX.

ERAN casi diarias las querellas entre seculares y eclesiásticos. ¿Qué había de suceder si ni unos ni otros eran gente fina, y si estaba muy distante la autoridad a la cual obedecían? En el templo, en lugar preferente, colocábanse las esposas de los Oidores: un día mandó el Obispo que se colocaran en otro sitio, so pena de excomuni6n. Indignados los Oidores, quienes se halla-

Diarias querellas
entre seculares y
eclesiásticos.

(1). T. IV, pág. 139 hasta la 198.

ban al frente de sus esposas, dictaron ahí mismo un auto, en que amenazaban al Obispo con confiscación de bienes y destierro. Todo fue trastorno entonces en el templo.¹

UN Obispo fue detenido en la plaza, cuando se dirigía a celebrar misa, por un escribano, quien iba a notificarle una provisión real: como el caso no era urgente, el Obispo pidió se aplazase la diligencia hasta después de la misa: insistió el escribano, y hasta llegó a sacar la espada y a ponérsela en el pecho del Prelado.²

EN tiempo del Obispo Montenegro, ocurrió que éste discordó con los Oidores, de manera de ocasionar atropellos en el templo.³

UN clérigo llamado Mañosca, primer inquisidor en el tribunal de Lima, vino de Visitador a Quito, e inmediatamente mandó a aprehender al Presidente, al Fiscal y a otros empleados. Declárase protector de un Oidor imbécil, llamado Tollo de Velasco y destierra al Fiscal y a otros Oidores. Reclámale el Cabil-

(1). T. III, pág. 72.

(2). T. III, pág. 79.

(3). T. IV, pág. 249 y sig.